

El regreso

Rafael Belmonte Agüera

Un padre con vocación militar, una madre con vocación de poetisa, un hijo “insumiso”, cuando así se llamaba a los pacifistas que no querían hacer la “mili” y una hija bienintencionada queriendo arreglar todos los problemas.

(Pieza basada en un hecho real).

ESCENARIO:

Pequeño parterre de un parque cualquiera, con una farola de globo que ilumina escasamente.

PERSONAJES:

GERARDO. -

50 años.

BRISA. -

25.

*Al poco de abrirse el telón aparece **BRISA** por el lateral derecho.*

Es de noche, y aunque es una noche clara, el parque está lleno de sombras. BRISA mira hacia el banco, y al verlo vacío, se detiene; consulta su reloj, da media vuelta como para marcharse, pero vuelve a detenerse de inmediato, medita unos instantes, se acerca al banco y se sienta.

Aunque joven, se la ve bastante afectada, tiene un impreciso gesto de amargura y está algo demacrada.

Nerviosa, consulta su reloj nuevamente.

*Ahora, de entre las sombras del parque, sale dando unos pasos **GERARDO**, quien se sitúa bajo la farola. Se entiende que estaba en escena cuando apareció BRISA, y ha estado observando a escondidas todos los movimientos de la joven. Esta no sabe que el hombre la está mirando.*

GERARDO viste uno de los uniformes que llevan los llamados “cascos azules”. Canana y pistola con funda. Le falta un brazo y tiene dificultad al hablar.

Cuando BRISA consulta su reloj por tercera vez, GERARDO va a decirle algo, pero se arrepiente, retrocede unos pasos para refugiarse en la penumbra, saca de un bolsillo una cantimplora, quita el tapón con los dientes y se

da un prolongado trago; esconde la cantimplora, traga saliva, y avanza con paso estudiado (que disimule su borrachera) hacia el banco. Se sienta al lado de BRISA. Ella lo mira de reojo, y respira profundamente, con aparente fastidio.

GERARDO: Perdona el retraso.

BRISA: Perdonado.

BRISA se aparta poco a poco de GERARDO hasta llegar a parar al otro extremo del banco. GERARDO no quiere darle importancia a esta acción, aunque, quitándose su gorra, se pasa nerviosamente una mano por el cabello. BRISA le está dando casi totalmente la espalda, y él aprovecha para sacar la cantimplora y dar otro largo trago.

BRISA: *(Tras una pausa, contiene la respiración)* Bueno, ¿qué era eso tan...

importante que querías decirme cara a cara?

GERARDO: Tú misma acabas de decirlo.

BRISA: ¿Acabo de decir...?

GERARDO: Cara... a cara.

BRISA: *(Entendiendo. Pensativa)* No necesito mirarte para estar viendo tu cara... La veo a menudo, muchas más veces de las que tú te puedas imaginar... Y de las que yo querría.

GERARDO: *(Igual de nervioso)* ¿También... ahora? ¿Tú crees que si me miraras me reconocerías después de...?

BRISA: ¿Lo dudas? Te veo más que antes. No me dirás que no te has visto retratado en todos los periódicos. ¿No has disfrutado mirándote? ¿No era eso

lo que querías? Ya lo tienes. Eres un... casi un héroe nacional. Eso sí lo sabrás.

GERARDO: *(Pensativo. Triste)* Sí, eso lo sé. *(Breve pausa)* Pero se me hace... extraño que mientras cientos de personas esperaban mi regreso para...

BRISA: ¿Para... aclamarte?

GERARDO: *(Arrepentido de lo que ha dicho. Sin escucharla)* Mi propia familia me...

BRISA: *(Lo corta. Con intención)* ¿Has llegado tarde porque vienes de que te coloquen "tu medalla"? ¿La llevas encima? Muéstramela. Esas cosas las dan para lucirlas, ¿no? *(Sin mirar, extiende hacia atrás una mano)*

GERARDO: *(Se acerca a ella y la coge suavemente de la mano)*

BRISA: *(Alza la voz, retira su mano con un gesto brusco)* No me toques.

(Contiene su rabia) No vuelvas a hacerlo, por favor. Abrevia, por... favor, di lo que tengas que decir y deja que me vaya.

GERARDO saca la cantimplora y da un rápido trago.

Pausa.

GERARDO: Antes, respóndeme: ¿por qué no has querido que nos viéramos en casa? ¿Por qué me has obligado a venir a un parque, como si fuéramos dos extraños?

BRISA: *(Irónica. Convencida)* ¿No lo somos?

GERARDO: *(Con tristeza)* ¿Así lo ves?

BRISA: Así lo siento, que es peor. Y si lo que vienes buscando es compasión, te has equivocado. Ya sabes, tampoco he sabido disimular nunca mis sentimientos. *(Con rabia)* Ni creo que deban dominarse; aunque no sé si es falta de dominio sobre ellos o es que yo realmente he conocido a gente sin

ninguno; o eso aparentaban... *(Mira de reojo a GERARDO)* Allá cada cual...

(Con intención) ¿Verdad?

GERARDO: Es... nuestra casa.

BRISA: Di: "tu casa". Di eso. Yo ya no vivo en ella. No es la mía. He alquilado un apartamento con una compañera. Esa sí es "mi" casa. Y no quiero que aparezcas por ella.

GERARDO: Escúchame, Brisa, he venido a explicarte...

BRISA: *(Con sorpresa, sin abandonar sus formas incisivas)* ¡Brisa! ¿Desde cuándo "Brisa"? *(Sin parar de hablar, se vuelve para mirar a GERARDO, le da un vistazo rápido, acaso con desprecio, y retira la mirada del hombre)* Siempre he sido "hija", jamás "Brisa". Hija esto, hija aquello... Mi nombre era una cursilada. Eso has dicho siempre. Sólo porque lo escogió...

GERARDO: *(La corta)* Ahora..., ahora todo ha cambiado.

BRISA: Naturalmente: has cambiado tú, hemos cambiado todos. Es lo natural.

GERARDO: *(Saca la cantimplora, bebe, la deja sobre el banco. Tiene miedo a hablar ahora. Incrédulo)* ¿De veras..., de veras me crees culpable de la muerte de tu madre?

BRISA: *(Se vuelve hacia él. Mirándolo con desprecio)* Sí. No es nada nuevo. Y esa que llamas "mi madre" era también tu mujer.

GERARDO: *(Le sonrío, sin apartar su mirada. Cada vez disimula peor la influencia que le produce la bebida)* Esto no es real... Es inverosímil que un hombre haya de escuchar que él es el culpable de la muerte de su propia mujer aun estando a cientos de kilómetros de distancia.

BRISA: *(Pensativa)* Eso se puede hacer. Y sin apretar ningún botón. Tú lo sabes mejor que yo. Eres experto en estrategias. Y a ti te podrá parecer

mentira, incluso cruel tener que escucharlo, pero también cabe la posibilidad de que todo pueda ser cierto. Sin más. Y en este caso lo es. Cierto, y cruel.

Ambas cosas.

GERARDO: *(En un grito)* ¡Ella me empujó para que me fuera!

BRISA: *(También grita)* Ella no vestía ese uniforme.

GERARDO: *(Chillón)* Ella me hablaba y me hablaba sin parar de niños que pasaban hambre, y de miles de personas que morían injustamente en el mundo cada segundo, y me reprochaba cada segundo de nuestro matrimonio que yo estuviera cómodo, sentado en un sillón, escuchando o contando chistes, mientras el mundo entero estaba necesitado de solidaridad. Me sermoneaba día tras día diciéndome que mientras había hombres y mujeres que para conseguir un jarro de agua tenían que caminar yo que sé cuántas horas a diario..., yo... yo me hinchaba a cerveza con mis amigotes vestido de... monigote, con las botas relucientes. *(Sonríe con tristeza)* Ah, mis amigotes, si supieras cómo me miran ahora...

BRISA: Cómo me apena oírte hablar así. *(Pensativa)* Mamá... Ella, en vida, era la causante de... *(Mira a GERARDO, se corta. Mira hacia otro lado)* Y ahora, después de muerta, también sigue...

GERARDO: *(Después de un trago)* Pues ya he conseguido algo, ¿no? Pena, es algo; ¿no?

BRISA: *(Cambia de tono. Intenta ser algo más amable)* Esa... solidaridad de la que mamá te hablaba no te la pedía para otros. Y ella jamás te pidió que marcharas voluntario a...

GERARDO: Entonces, ¿qué quería? ¿Para quién la pedía, si no?

BRISA: Te la pedía, te la suplicaba para ella... *(Se corta, cambia, con miedo)* Y para...

GERARDO: *(Cada vez más borracho. Quitándole importancia)* Ella estaba entretenida con sus poemitas. No me necesitaba a mí para nada.

BRISA: *(Vuelve)* Te necesitaba para eso, exactamente.

GERARDO: ¿Para... qué?

BRISA: Para que la escucharas. Para que no te rieras de ella porque era aficionada a escribir "poemitas", como tú, con tu leche agria, los llamas. Para ella eran importantes.

GERARDO: Pero a mí no me gusta la poesía.

BRISA: ¿Y qué?

GERARDO: ¿No es suficiente razón que a uno no le guste una cosa para no oírla, o probarla, o eso...?

BRISA: ¿Te escuchaba ella a ti?

GERARDO: *(Sin comprender, se rasca la cabeza)* ¿Me escuchaba...? ¿El qué...?

BRISA: Tus cosas... Las manías de aquel superior, la bobería de los soldados novatos, de los pollos, como tú los llamabas..., todo eso.

GERARDO: *(Duda, más borracho)* Sí...

BRISA: ¿Y a ella le gustaba tu profesión?

GERARDO: No. Doy fe. La odiaba.

BRISA: El odio, siempre el odio en tu boca. Ese es uno de tus grandes errores. No la odiaba. Simplemente, no la compartía. Nada más.

GERARDO: ¿Te parece poco?

BRISA: Poquísimo. La diferencia era abismal. Ella te escuchaba, y hasta te aconsejaba. Aun a riesgo de equivocarse, te decía lo que pensaba. ¿Era así?

GERARDO: Lo era, sí. Si tú lo dices...

BRISA: Y lo vivía... ¿Y era tanto el esfuerzo que tenías que hacer tú para oír uno de sus poemas y decirle: qué bonito, Asun; o no está mal Asun; o vaya... una mierda, Asun; si tú hubieras pensado eso de sus versos; pero, naturalmente, siempre después de escucharla?

GERARDO: Hombre, pues como esfuerzo, sí..., porque no me gusta la poesía...

BRISA: *(Se levanta, coge su bolso)* No sé cuántos obuses te habrán caído en la cabeza, pero desde luego no te la han ablandado, la tienes tan dura como siempre. Lo único que lamento es que uno de aquellos obuses le cayó también a mamá. A ella la mató; a ti, no.

GERARDO: *(Mira a BRISA con pena)* Sí que debo odiar, y mucho. Y también debo de ser cruel... Oyendo lo que dice mi propia hija..., que de mí debe haberlo aprendido...

*BRISA va a salir por donde entró, pero se detiene
cuando GERARDO comienza a sollozar.*

GERARDO: Yo..., yo no hice nada. Asun estaba delicada del corazón. No puedo resistir este sentimiento de culpa... No puedo vivir con el pensamiento clavado en... Siempre, las mismas palabras tuyas por teléfono... Y ahora...

BRISA: *(Regresa)* Los obuses que a ti te destrozaron el cuerpo, a ella le reventaron el corazón. *(Toma asiento cerca de su padre)* ¿No lo entiendes? ¿Sabes de qué murió?

GERARDO: *(Deja de sollozar, da un trago y se queda pensativo)* De... el... corazón.

BRISA: Sí, pero de amor.

GERARDO: *(Le da una risa falsa y tonta)* ¿Qué, qué, qué...?

BRISA: Cuando se enteró de lo que te había pasado, cuando supo que podrías regresar cadáver, su corazón explotó.

GERARDO: *(Para sí. Sonriendo estúpidamente)* ¿De amor? Ah, pero si nuestro matrimonio al cabo de un par de años era ya un pacto de silencio...

BRISA: *(Alza la voz)* De "tu" silencio, di. De "tu" comodidad, di. Yo también he compartido vuestro matrimonio durante...

GERARDO: *(Gesticula con la mano)* Bah... ¿Para qué hablar ahora de...?

BRISA: *(Lo corta)* ¿No puedes pensar que ella te amara? Así de sencillo. Incondicionalmente.

GERARDO: Tú siempre has sido la defensora esa de las causas perdidas.

BRISA hace un gesto de impotencia. Se levanta.

GERARDO: Espera. *(Tras un silencio)* Si yo también la quería..., a mi modo.

BRISA: Cómo te ha costado decir eso. Pero no hay distintos modos de querer. O se quiere o no se quiere.

GERARDO: Eres muy joven, Brisa, todavía...

BRISA: Desde que murió mamá, por dentro me siento como... una anciana..., Gerardo.

GERARDO: *(Tiene la mirada ida, las palabras las farfulla al vacío)* Gerardo... También he perdido junto a este brazo el privilegio de que a alguien a quien ayudé a concebir me llame padre... Pues yo también la quería..., aunque no te

interese creerlo. A mi forma, vale, pero la quería. Era cojonuda en muchas cosas...

BRISA: Tu forma. Siempre “tu forma”. ¿Es que tú te crees que todos somos como tú? ¿Que alguno de nosotros tenía la obligación de pensar o actuar como tú, para así comprender al “señor”?

GERARDO: ¿Y cómo... soy yo? Dímelo, porque antes de esto..., pssh... (*Se toca el sitio del brazo perdido*) Y hoy yo ya no lo sé. Si..., si uno es incapaz de ponerse de acuerdo consigo mismo..., ¿cómo va a ponerse de acuerdo con otro? (*Da un trago*) ¿Quieres? (*BRISA, tras pensarlo un instante, toma la cantimplora, la apura*) No te preocupes (*Ríe estúpidamente*), tengo más... (*Saca otra botella de un bolsillo, ambos beben*)

Pausa.

BRISA: ¿Es esporádico?

GERARDO: ¿El qué?

BRISA: La bebida...

GERARDO: Pues sí. En esta vida todo es esporádico. La vida misma es esporádica. Y yo llevo bebiendo “esporádicamente” un año y medio.

BRISA, de repente, coge la cantimplora y comienza a beber sin darse descanso, hasta que GERARDO, por la fuerza, se la arrebatara de las manos.

GERARDO: ¡Para ya! No sé si para ti tendré algo bueno. Pero no me imites en lo malo. ¿Para qué?

BRISA: Para desahogo.

GERARDO: Pues en eso no escaseas. Bien que has largado cuanto has querido y yo... (*Gesticula, como dando a entender que no ha dicho nada*)

Breve pausa.

BRISA: *(Se levanta y se deja caer en el césped, boca arriba)* Nunca había bebido. Y no es tan mala la sensación... Aunque le arde todo a una, las cosas se ven...

GERARDO: Las cosas ni se ven ni se dejan de ver. No digas tonterías.

BRISA: ¿Por qué bebes tú entonces?

GERARDO: *(Se levanta, y dando tumbos se sienta junto a BRISA. Mirando un momento hacia arriba)* Porque... me gusta la luz que despiden las estrellas... Y como bebiendo veo el doble de luces..., pues también veo el doble de estrellas... *(Ríe)* *(Mira a su hija)* Y el doble de... Brisas. *(Tras mirarla, comienza a reír nerviosamente. Al poco, BRISA, tímidamente, lo secunda)*

Pausa.

GERARDO: Te estás riendo. Conmigo.

Pausa breve.

¿Sabes?, al principio, cuando pidieron voluntarios, y nos aconsejaron que pensáramos a lo que podíamos exponernos yendo y todo eso, mientras mis compañeros, que me consta ¿eh?, porque fueron varios quienes me lo confesaron, hablaban del aumento de sueldo, de los extras, del hipotético ascenso al regreso, de la... aventura en sí y de otras zarandajas, por muy dignas y lícitas que sin duda sean, a mí, a Gerardo, a tu padre, aunque no quieras llamarme así, la primera imagen que se me vino a la cabeza fue la de tu madre. La imagen de Asun hablándome de su solidaridad..., de ayudar sin interés... De todo aquello...

BRISA: *(Se incorpora. Mira incrédula a GERARDO)* ¿Es verdad eso?

GERARDO: ¿El qué?

BRISA: Que tomaste la decisión de irte pensando en mamá.

GERARDO: Yo no he dicho eso.

BRISA: ¿Pero lo hiciste?

GERARDO: Un poco... sí.

BRISA: ¿Un... poco? ¿Qué significa “un poco”?

GERARDO: *(No la escucha. Pensativo)* Lo peor es que tu madre tenía razón.

Aquello es horroroso. Es para verlo. Y para no vivirlo... Yo me fui, las razones no importan ahora, pero he vuelto. Con un brazo de menos y medio cuerpo destrozado, de acuerdo, pero he vuelto. ¿Pero tú sabes la de gentes de allí que se cambiarían por mí, o por ti, o por cualquiera de aquí sin dudarlo un momento, aunque tuvieran que empezar de cero en tierra extraña, y asumiendo como suyo este... *(sonríe)* ¡qué gilipollez!, “pequeño problema” mío, nuestro, con tal de marcharse lejos de aquel horror, de aquella confusión, incluso aunque llegaran sin ninguno de los dos brazos? *(Breve pausa)* Antes de ir, aquello, además de lejano, me era ajeno. Y ahora, al regreso, lo que encuentro lejano y ajeno es esto. Tú, mismamente. Y perdón si ofendo por esto otro que voy a decir..., pero me siento mucho más cerca de ellos, de su... sufrimiento, sí, que del tuyo... Incluyo en el lote sus terribles miserias y sus mezquindades, que las tienen, como en toda guerra supongo. Pero allí las cosas pequeñas, ¡ah, las cosas pequeñas!, un detalle, una sonrisa o una mirada, allí no tienen precio... Y aquí eso, y en paz, no lo quieren ni... regalado. Esto debe ser una de las pocas grandezas que las balas... producen en la cabeza de los hombres, además de la “grandezas” de los agujeros que ellas hacen, claro... Por eso, lo ajeno para mí, lo distante, y no es por culpa de la borrachera, no, es

estar ahora a tu lado. En este parque tan... pulcramente cuidado..., hablando de ellos, mientras se siguen matando. (*Mira en derredor*)

BRISA: Suele pasar.

GERARDO: ¿El qué suele pasar?

BRISA: Que la gente guarda sus sentimientos para los demás, para los de fuera de casa. Pero a ti no te creo.

GERARDO: Me da igual lo que pienses. (*Rectifica rápido*) No, es mentira. No me da igual. Pero...

BRISA: No me has contestado.

GERARDO: ¿A qué?

BRISA: A si te fuiste influido por mamá.

GERARDO: Pues... no sé. (*Sigue a lo suyo*) Me contagiaron su miedo. Y creo que no era miedo a morir, eso no. Es ese miedo que, a sabiendas de que queda poca vida, produce la incertidumbre de no saber cuándo le va a tocar a uno. En el pueblecito en el que estábamos asentados, conocí a un viejo que en cuanto se tomaba tres tragos miraba hacia las montañas y gritaba: ¡ya estoy caliente y preparado, matadme! ¡Pero disparad rápido porque a mí la decisión, o sea, el emborrachamiento de valentía, me dura lo que la borrachera: un suspiro! ¡Qué más os da, vociferaba desafiando al invisible enemigo, matarme un día u otro! ¡Hacedlo ahora, cabrones, que os lo estoy pidiendo, que estoy preparado!

BRISA: ¿Murió...?

GERARDO: (*Sigue como ido*) ¿Qué?

BRISA: El viejo ese, si murió.

GERARDO: Sí. Como tantos otros... Pero, maldita muerte invocada, cuando menos lo esperaba.

BRISA: *(Tras dar un trago)* Lo que nunca he conseguido entender es que ese ejército, ese importantísimo ejército al que tú perteneces, siendo de una organización internacional, no consiga la mayoría de las veces detener una guerra pequeña... ¿Será que no os interesa?

GERARDO: ¡Qué dices! ¿Guerra pequeña, dices? No hay guerras pequeñas. Imagínate lo difícil que es separar, por las buenas, ¿no?, a dos que se están peleando, a lo mejor por cualquier estupidez en plena calle, pues ahora piensa en dos o tres o más bandos armados convencidos de que su razón es la razón... Por ejemplo, separarnos a ti y a mí, cuando nos peleamos... *(Breve pausa)* Además, nosotros no nos metemos en ninguna guerra. Y no formamos ningún ejército importantísimo..., ni nada de eso...

BRISA: ¿Para qué lleváis las armas entonces? ¿Cómo las utilizáis? ¿Para cazar patos?

GERARDO: *(La mira un instante)* Tú no lo entenderías.

BRISA: No, yo no lo entendería.

Pausa.

BRISA: A lo mejor hasta eres un buen tío. Y resulta que crees en lo que dices. ¿Y si yo te dijera que has vivido engañado?

GERARDO: ¿Y tú qué sabrás si he vivido engañado o no? De todas formas, di lo que quieras. Siempre lo haces.

BRISA: Yo tenía un profesor que decía que las guerras tienen su lado positivo, porque como en el mundo sobramos gente... Y de cuando en cuando una guerra pues...

GERARDO: Imbéciles los hay a patadas. Como ese profesor tuyo. Pero eso no se lo ha inventado él; yo ya lo había oído en alguna parte. Pero eso lo largan en las aulas, o sentados detrás de una mesa de despacho. Yo los querría ver gritando eso mismo en cualquier campo de batalla, sosteniendo entre sus manos una bandera cualquiera, y fíjate lo que te digo, si a ese no lo veía cómo le temblaban las piernas, me cortaba de un tajo el brazo que me queda... Y luego se lo daba como premio..., para que tuviera tres. *(Ríe estúpidamente)*

BRISA: *(Lanza una sonrisita influida por la bebida)* Un poco bestia sí eres. Cortarte de un tajo un brazo y entregarlo como premio...

GERARDO: Es un decir...

BRISA: ...un decir tonterías.

GERARDO: Pues eso.

Breve pausa.

BRISA: Dime una cosa, papá.

GERARDO: *(Coge la cantimplora y la alza para brindar)* ¡Papá...! Por la paternidad recuperada... *(Da un trago)*

BRISA: *(Como excusa)* Es... la bebida.

Pausa breve.

GERARDO: Bueno.

BRISA: ¿Por qué te hiciste militar?

GERARDO: *(Confuso, tras mirarla un instante, reacciona)* Por cierto, no he tenido tiempo de felicitarte. ¡Que sea enhorabuena!

BRISA: ¿De qué me estás hablando?

GERARDO: Aunque no me he enterado por ti, sé que has terminado la carrera. Y con excelentes resultados.

BRISA: *(Con fastidio)* Ah, ya. Gracias.

GERARDO: ¿Qué pasa?

BRISA: Que veremos para lo que me sirve. Tal y como está el trabajo.

GERARDO: Si no recuerdo mal, escogiste la de informática porque era la carrera del futuro.

BRISA: Eso mismo pensamos... demasiados.

GERARDO: No pierdas la confianza. Tú has hecho lo que tenías que hacer. A buscar y a esperar. De forma parecida aposté yo hace ahora más de treinta años, tuve suerte y de mi trabajo hemos comido tu madre y tú y... *(Duda. Mira hacia otro lado)* Nuestra familia.

BRISA queda pensativa. No escucha lo que habla GERARDO.

Créete que casi nadie trabaja en lo que de verdad le gusta. La vida, sin que te des cuenta, te va trazando un camino por el que uno vaga casi sin rumbo. Hasta que de pronto algo te retiene en una encrucijada de ese camino sin que tú entiendas bien la razón, y por una chispa que ves al fondo de uno de los senderos, por un fogonazo que te ciega y al cual al principio no das importancia, quizás tampoco la tenga, uno, que viene de recorrer otros caminos y de escalar otras montañas y que ha resbalado y caído cincuenta veces y se ha vuelto a levantar, y que ha seguido caminando aturdido, cuando todavía no han terminado de cicatrizar las heridas del último tropezón, se encuentra de repente desamparado, cegado, obligado a escoger en esa nueva encrucijada con cuatro direcciones... Y sigues el fogonazo, lo sigues como un sonámbulo... Sin saber demasiado bien a dónde te conducirá... *(Se encoge de hombros)* Y si no, con tomar una dirección cualquiera... Pero, amigo, ahí reside su gran complicación... Y lo difícil no es acertar cuál escoger, sino una vez escogido el

recorrerlo de principio a fin, echándose a las espaldas las consecuencias. Por el camino de lo militar arranqué yo, seguí a aquella chispa... Como tú estás arrancando con mejor pie que yo todavía por el de los ordenadores y esas leches..., que no hay quién los entienda. Espero que tengas más suerte que yo... Tú, al menos, no tendrás que arriesgar tu vida. Espero.

BRISA: *(Una vez que sale de su ensimismamiento, habla con temor)* A... nuestra familia también pertenece Lázaro, y antes has callado. No lo has mencionado. También él ha comido de tu trabajo.

GERARDO: *(Se pone en pie como puede. Nervioso. Se aparta de BRISA. Grita)* ¿Por qué has tenido que hablar de él?

BRISA: *(Se da un buen trago de la cantimplora)* “Él” se llama Lázaro.

GERARDO: Sé perfectamente cómo se llama. Yo le puse ese nombre.

BRISA: *(Alza la voz)* ¿Entonces por qué dices “él”?

GERARDO: *(Totalmente exaltado)* Por teléfono habíamos acordado...

BRISA: *(Grita)* Por teléfono hemos acordado otras muchas cosas que no hemos cumplido. Lázaro no tiene por qué ser la excepción.

GERARDO: Lázaro “es” la excepción. *(Coge la cantimplora. Bebe largamente)*

BRISA: *(Igual)* ¡Es mi hermano! ¡Tu hijo!

GERARDO: ¡No quiero saber nada de él!

BRISA: Después de todo lo que hemos pasado con lo de mamá, contigo... ¿Eres incapaz de perdonar?

GERARDO: Algo así, y en mi situación, no puede perdonarse. Ni olvidarse. ¡Jamás! Y me voy, que ya nos hemos dicho cuanto teníamos que decirnos. ¿Para acabar hablando de él es por lo que has consentido en que nos viéramos, no? *(Da media vuelta para irse)*

BRISA: (*Grita*) ¿Sabes en dónde está Lázaro ahora?

GERARDO se detiene. Se tambalea. Y dice sin mirarla.

GERARDO: Seguramente en una de esas reuniones en las que tanto disfrutaban despellejando entre ellos a media sociedad. A la misma media sociedad a la que no le reprochan que les dé de comer.

BRISA: (*Por lo bajo*) No sé si en la... cárcel les dejarán hacer esa clase de reuniones que a ti tan poco te gustan. Pero sí sé que está allí porque tú no quisiste escucharlo, ni mucho menos ayudarlo.

GERARDO se acerca lentamente a BRISA.

GERARDO: (*Sin mucho convencimiento. Luego se anima*) Todos pagamos el precio de vivir. El precio de nuestros ideales. Ese es el suyo. No debes darle tanta trascendencia. Saldrá en poco tiempo. Y eso le servirá de lección.

BRISA alza una mano con rabia para darle una bofetada, pero él se lo impide cogiéndole con fuerza la muñeca.

GERARDO: (*Tras soltarla*) No me hagas a mí pagar un doble precio. (*Se golpea en el lugar en donde debería tener el brazo*) Yo ya estoy pagando el mío sobradamente, ¿no crees?

Ambos se quedan mirando unos instantes.

GERARDO se tambalea. Observa el banco y va hasta él dando tumbos. Se sienta.

BRISA: (*Se acerca a GERARDO muy despacio*) Me parece, "Gerardo", que estoy comenzando a descubrir tu juego.

GERARDO: ¿Qué sabrás tú?

BRISA: (*Adivina*) Tú..., tú no te decidiste a marchar como voluntario porque mamá te hablara de solidaridad... Ni siquiera porque quisieras demostrarte a ti

mismo o a tus superiores tu integridad, tu calidad humana... Tú te fuiste para no ser la comidilla de tus colegas, para escapar de ellos, para ahorrarte explicaciones, excusas, y quién sabe si hasta un trato desfavorable en tu destino. Para ahorrarles un cambio de destino "forzoso". ¿Lo llaman así?

GERARDO: *(Bebe)* ¿Qué estás suponiendo?

BRISA: ¿Suponiendo? Estoy adivinando. Y creo no estar equivocada en que si ahora me apostara yo los dos brazos que poseo no perdería ninguno. ¡Qué escándalo!, ¿verdad?, un militar de alta graduación con un hijo objetor de conciencia.

GERARDO: *(Se pone en pie, se tambalea. Grita)* ¡Insumiso!

BRISA: Yéndote, quisiste suplir la hipotética deficiencia de tu hijo. Quisiste hacer de padre y de hijo al mismo tiempo. Los deberes de tu hijo para con la patria se los quisiste hacer tú, y te han salido fatal.

GERARDO: *(Desquiciado)* ¡Insumiso!

BRISA: ¡Eso es igual!

GERARDO: ¡Es totalmente distinto!

BRISA: ¡Ante ti y ante los tuyos y ante esa patria que yo aún no he tenido tiempo ni inteligencia para entender cuál es su significado, es posible! ¡Para otros muchos, ambas cosas tienen la misma significación!

GERARDO: ¡Pues están todos equivocados! ¿Así, a dónde llegaremos?

BRISA: ¡Depende de a dónde cada uno quiera dirigirse! *(Breve pausa)* ¿No..., no hablabas tú hace un momento de encrucijadas y caminos? ¿Todos tenemos que tomar la misma dirección? ¿Y el que no la toma está errado? ¿Por eso hay que encerrarlo?

GERARDO: ¡Existen las leyes!

BRISA: ¡Las leyes las hacemos entre todos! ¡Podemos cambiarlas! ¿Acaso hay alguien humano que exista o haya nacido predestinado bajo la estrella de la infalibilidad? ¡Hasta quien ha de ser infalible es escogido por los hombres! Y esos hombres, ¿no pueden haberse equivocado?

GERARDO: *(Se tambalea. Se le ve afectado por las palabras de BRISA)*
¿Pero..., pero de dónde has sacado tú tanta palabrería? Seguro que has estado yendo a visitar a tu hermano, y él, como vosotros decís, te ha comido el tarro.

BRISA: ¿Y si así fuera, qué? ¿No has hecho tú lo mismo con los dos desde que nacimos?

GERARDO: *(Levanta un dedo)* Ssssssh, alto. Con una diferencia: él lo ha conseguido. Yo, por lo que... *(está totalmente borracho hace rato)* ...creo entender, nada de nada... *(Gesticula con una mano)*

BRISA: *(Suplicante)* Escúchame, papá, por favor. Yo, aunque sólo tengo veinticinco años, sé, porque lo he estudiado, porque te lo he oído decir a ti y a otros muchos de tu edad muchas veces, que hubo tiempos muy malos, tiempos en los que uno no podía decir ni siquiera lo que quería. De estos, de estos tiempos nuestros, todos dicen que son mejores. Voy a hacer por comprenderlo. Pero mi hermano Lázaro, tu hijo, está en la cárcel. Por un ideal.

GERARDO: Por un ideal atroz.

BRISA: Atroz para ti.

GERARDO: Son méritos propios, no lo dudes. Ah...

BRISA: *(De un grito)* ¿No te das cuenta? ¡Está todo por hacer!

GERARDO: Pues que lo haga quien venga detrás...

BRISA: *(Cansada)* No te rindas, papá. Tú tienes influencias..., conoces a gente...

GERARDO: *(Ríe de nuevo estúpidamente)* Ah, ah, ah. Las... tenía. *(Pensativo, mira con seriedad a BRISA)* Ahora, con esta apariencia... *(se mira el cuerpo)* Es que tú ignoras en qué mundo estamos viviendo..., eso te pasa.

BRISA: *(Como confesándolo)* ¿Recuerdas cuando mamá te hablaba de solidaridad, de ayudar...? ¿Sabes en quién pensaba día tras día? En Lázaro. Exclusivamente en él. En nadie más. Ni en las guerras entre extraños, ni en mí, ni en ella... Sólo en Lázaro... Intuía en dónde iba a acabar.

GERARDO: Ya, ya lo sé. Formabais un potente frente común contra mí: una mujer poeta, un hijo insumiso y una hija que... en vez de informática creo que es filósofa. Filósofa, así se dice. La lengua... me falla. Eso es.

BRISA: El único frente común que había hecho era el tuyo: tú luchando a brazo partido contra ti mismo.

GERARDO: *(Se rasca en el muñón)* A ver: ¿por qué sabía mamá las inclinaciones..., la pose, mejor “la pose” pacifista de Lázaro desde que tenía quince o dieciséis años y yo tuve que enterarme, como aquel que dice, por la radio?

BRISA: Por la misma razón que jamás la escuchaste a ella decir un poema. Oías, pero no la escuchabas. ¿Cuántas veces te preocupaste de los problemas de Lázaro?

GERARDO: Me falló como persona, ¿te enteras?

BRISA: No quieras confundirte: te falló como hijo, no como persona. Como “hijo”, no te conviene olvidarlo.

Pausa.

BRISA: *(Pensativa. Buscando por dónde continuar)* ¿Qué... piensas hacer ahora?

GERARDO: ¿Ahora? Pues darme un trago. *(Lo hace)*

BRISA: Quiero decir... Te han retirado... Después de...

GERARDO: Sí, me han retirado. Ya no soy útil para el servicio... Ahora me dedicaré a ver la televisión y a echar algún trago de cuando en cuando... Me dejan una medalla y una buena paga... El final del camino.

BRISA: Bueno, y... si yo te propusiera...

GERARDO: Qué... ¿Alguna guerrilla sin importancia para mutilados?

BRISA: *(Soñadora)* ¿Guerra? Sí, así debemos llamarlo: "guerra". Y para mutilados, si tú quieres. Pero, como importante, mucho. Aunque... lo imprescindible en nuestra guerra particular será el no llevar armas... *(Le quita el cinto con la pistola y lo deja caer al suelo. GERARDO se encoge de hombros, se deja hacer)* Y el no estar mutilado de "aquí"... *(aprieta un puño cerca de su estómago)* ...ni de aquí. *(Señala su boca)*

GERARDO: *(Observando el gesto de BRISA)* Pues de ahí no lo estoy, coño, no lo estoy. Estropajosa, pues sí. Pero la tengo entera. Y... ¿me pagarán bien?, ¿eh?

BRISA: Depende de la moneda en que lo quieras cobrar..., el sueldo puede ser altísimo.

GERARDO: Si llego a enterarme de todo este chollo antes... no me voy.

BRISA: No deberías haberlo hecho... *(GERARDO va a decir algo)* Quiero decir, por el momento familiar que estábamos atravesando.

GERARDO: *(Duda)* Ya...

BRISA: Y... tendrías que quitarte el uniforme.

GERARDO: Bueno, ya pensaba dejarlo colgado en cuanto llegara a casa, para alimento de las polillas. Las mismas polillas que a mí me están devorando desde que...

BRISA: *(Lo corta. Con miedo)* Tú... ¿qué harías?, si alguien viniera y te dijera, tal y como estás ahora, usted puede seguir siendo útil para el servicio.

GERARDO: Pues reírme. *(Lo hace)* Porque no me lo creería. Sería algo así como un milagro.

BRISA: Pues... eso mismo te estoy proponiendo yo.

GERARDO: ¿El qué? ¿Es que todavía eres virgen y encima haces milagros?

BRISA: *(Grita)* ¡Estás demasiado borracho para...!

GERARDO: *(También grita)* ¡Borracho, sí! ¡Pero no sordo!

BRISA: *(Con miedo)* El servicio sería ir a la cárcel...

GERARDO: ¡No, eso nunca!

BRISA: *(Grita)* Él es parte de nuestra familia. Y se lo debes a mamá. Y a ti mismo. ¿No te ves?

GERARDO: No me veo, no. Me siento como desnudo...

BRISA: ¿Desnudo? Esto es desnudo.

BRISA le da un tirón a su chaqueta. Esta se desgarrá, pero

GERARDO no dice nada. BRISA, entonces, sin perder de vista las reacciones de GERARDO, le quita también la camisa y los pantalones.

Lo deja todo sobre el banco.

BRISA: Ahora estás desnudo, casi.

GERARDO: Pues voy a coger frío, coño.

BRISA se desnuda y le da su vestido. Se lo coloca ella misma.

GERARDO: Joder, Brisa. Debo de estar ridículo.

BRISA: Ridículo, no. Estás vestido. ¿Tienes frío?

GERARDO: Ahora no siento nada. Ni frío, ni calor. Pero ahora la que estás desnuda eres tú.

BRISA: Sí. Pero a mí eso no me importa.

GERARDO: Como pase alguien y nos vea...

BRISA: Qué.

GERARDO se encoge de hombros.

BRISA: ¿No crees que Lázaro te agradecería... una palabra? ¿Aquella misma que según dices tanto te agradecían a ti en...? *(Se corta) (Pausa breve. Baja la voz)* Y... te lo estoy pidiendo yo.

GERARDO: *(Tras un silencio)* Sería... sería un hombre débil, si lo hiciera.

BRISA: ¿Quién es fuerte, si va con la verdad?

GERARDO: *(Sus ojos intentan fijarse en los de BRISA)* ¡Joder, Brisa!

BRISA: Qué.

GERARDO: Nada. *(Por lo bajo)* Lázaro me odia.

BRISA: Odia tu uniforme. Y ya no lo llevas. Como persona, te respeta. Y te quiere. Me ha preguntado por ti en cuanto ha tenido oportunidad.

GERARDO: *(Duda)* ¿Sí?

BRISA: ¿Qué esperabas? El uniforme tenías que quitártelo ya de todas formas... Cámbiate de uniforme, abre tu... corazón de padre, ve a ver a Lázaro. Y él echará a andar. A andar... por dentro. Que también le han bombardeado el alma y la tiene troceada.

GERARDO: ¿Tú crees de verdad que a él le valdrá para...?

BRISA: Para todo. Puedo asegurártelo.

GERARDO, pensativo, se tambalea.

BRISA: ¿Ves cómo todavía no ha terminado la guerra?

GERARDO: Pero él está fuera de la legalidad y va resultar difícil...

BRISA: Acuérdate, papá, tú lo decías: lo ilegal de ayer hoy ya es legal.

GERARDO: *(Piensa. Pausa)* Esto sí que no me lo esperaba yo de mí... Salir... salir trasquilado de una guerra, para entrar en otra...

BRISA: ¿Entrarás?

GERARDO: *(Pensativo)* Hoy yo estoy borracho de alcohol. Pero tu borrachera es de pasión. La mía, si no bebo, mañana se habrá ido a llamar a otra puerta. La tuya no. Esa borrachera tuya no se quita nunca, es difícil apagarla. Sólo, algún día, el desencanto de la vida... *(se interrumpe)* Podríamos intentar...

BRISA: Yo tampoco me veía a mí pidiéndotelo.

GERARDO: *(De repente, entusiasmado)* Bueno, bueno, ¡pues a la lucha! *(Para sí, delirante)* GERARDO, estás en una encrucijada, y vas a escoger otro camino, otro fogonazo al fondo del sendero... *(Mira a lo lejos)* Se van a enterar de quién soy yo... *(Mira a BRISA)* De quiénes somos nosotros... Porque sin las utopías de ayer, Brisa, y eso lo sé yo porque he aprendido algunas cosas, las realidades de hoy no existirían. ¡Venga, vamos, vamos!

BRISA: Acuérdate de que Lázaro es tan terco como tú..., ten paciencia con él. Es tu hijo. Y... no deberías presentarte a verle vestido así, ¿no te parece?

Ambos ríen tontamente.

GERARDO coge su chaqueta y cubre a BRISA.

Esta le ayuda a caminar a él, quien no deja de tambalearse, y se dirigen lentamente para salir por el lateral izquierdo. De repente, GERARDO se detiene, regresa sobre sus pasos y recoge la pistola.

GERARDO: Este no es sitio para dejar algo así. *(La guarda en sus calzoncillos)*
¿Tú crees que me escucharán, los jefazos que conozco, digo, si voy a hablarles de...?

BRISA: En... este estado *(por la borrachera)*, no. Pero quién sabe si mañana...

GERARDO: ¡Y con la de estrellas que ellos llevan...! Y como el que no la lleva en los hombros, las tiene dentro de la cabeza...

BRISA: Todos llevamos alguna estrella por dentro o por fuera.

GERARDO: Filósofa, lo que yo te diga... Tú eres filósofa... Pero será mejor que lleguemos sobrios. *(Arroja por encima del hombro la última cantimplora)*
Las estrellas están en el firmamento *(se vuelve a mirar la gorra)*, y salvo cuando estoy borracho, yo siempre cuento las mismas. Por algo será... Será que hay las justas.

BRISA: A propósito, ¿qué era eso tan importante que tenías que decirme?

GERARDO: ¿Importante? ¿Yo?

BRISA: Sí, para lo que habíamos quedado.

GERARDO: Ah, pues para decirte que seguías siendo mi... *(Se corta)* No, no lo sé. Para nada, seguramente. Pero ¡qué más da!, si casi siempre, y sin casi, lo mejor que puede hacer una persona es callar, callar y seguir caminando.
¿No habíamos quedado en eso?

BRISA: *(Sonríe)* Sí.

GERARDO: Pues a caminar..., aunque sea torcidos.

Cuando están a punto de desaparecer de escena,

BRISA sujeta del brazo a GERARDO.

BRISA: Padre, ¿mañana, lúcido, pensarás lo mismo que hoy estás pensando?

GERARDO: *(Tras una pausa)* ¿Y qué tal si mañana, cuando esté lúcido, me lo preguntas?

Se miran un instante. Después, lentamente, salen.

OSCURO.